

estas cuestiones. El presente libro constituye un importante paso adelante en esta línea de investigación.

Albero VICIANO

**Christoph JACOB**, «*Arkandisziplin*», *Allegorese, Mystagogie: ein neuer Zugang zur Theologie des Ambrosius von Mailand*, («Theophaneia», 32), Anton Hain, Frankfurt am Main 1990, 300 pp., 16 x 23.

Este libro contiene una importante Tesis Doctoral de la Facultad de Teología de la Universidad de Bonn, defendida en el Semestre de verano de 1988. El trabajo de investigación comenzó en Lovaina bajo la supervisión del Prof. P. Fransen y adoptó su orientación definitiva en Bonn bajo la dirección del Prof. E. Dassmann.

El interés primario del libro se centra en estudiar la llamada *disciplina arcana* de la Iglesia antigua, pues no siempre se ha sabido entender con exactitud en qué consiste tal «disciplina del misterio», ya que los teólogos que han intentado explicarla se han guiado por sus concepciones preconcebidas de la Iglesia antigua, sin someter a un objetivo análisis las fuentes literarias. En la búsqueda de una correcta solución a este problema constituye un importante punto de partida la mistagogia vivida en la catequesis bautismal de la iglesia milanesa del siglo IV, que incide en el método exegético, de carácter alegórico, seguido por Ambrosio. Además, después de revisar críticamente las modernas concepciones acerca del método alegórico en la exégesis bíblica, Jacob se propone abrir camino a una nueva interpretación de la teología ambrosiana. Dos son, por tanto, los fines de este libro, plenamente entrelazados, que se corresponden a las dos partes de que consta, claramente diferenciadas: la primera parte se titula «El origen de la *disciplina arcana*» (pp. 43-117), y la segunda «Alegoría alegórica y mistagogia» (pp. 119-283). Además, ricos y abundantes índices completan el volumen.

La primera parte del libro ofrece un magnífico y amplio *status quaestionis* de prácticamente toda la literatura científica que en torno a la *disciplina arcana* se ha escrito desde el siglo XVI hasta nuestros días. El concepto *disciplina arcana* lleva la marca del ambiente polémico—doctrinal en que se forjó (quien por primera vez lo formula es el teólogo ginebrino Daillé en una obra suya de 1666), ya que se trata de una de las cuestiones doctrinales que distanciaron a católicos y protestantes en los tiempos pos-

treformadores. Ch. Jacob presenta una visión, a la vez cronológica y temática, muy bien lograda, de esta polémica secular. Teólogos católicos, como Melchor Cano y Belarmino, vieron desde muy pronto en la actitud de misterio y respeto que la Iglesia antigua adoptaba en la predicación sobre los sacramentos el motivo por el que la teología sacramentaria de los Padres no fuera siempre tan explícita como la teología escolástica y los cánones del Concilio de Trento; igualmente acentuaban los católicos que, desde los comienzos apostólicos, la Iglesia adoptó para su culto una liturgia del misterio que ha perdurado vigente con el paso del tiempo. La reacción de los teólogos protestantes no tardó en hacerse sentir, y se llegó a una actitud virulenta en el siglo XVII entre teólogos de ambas confesiones cristianas en torno a una comprensión de este fenómeno antiguo. En los siglos XVIII y XIX, la teología protestante abandonó por completo la idea de que realmente hubiera en los orígenes cristianos una «disciplina del secreto» y se inclinó por concebirla como una influencia de los cultos místéricos paganos en la liturgia eclesiástica; A. von Harnack veía en ella una prueba más de su tesis sobre la helenización del cristianismo y pérdida de pureza evangélica; así, la reforma protestante supondría una vuelta a los primitivos tiempos del cristianismo, en los que la celebración litúrgica, carente del sentido del misterio y de lo sacro, consistiría tan sólo en la manifestación fraterna y alegre ante la lectura y proclamación de la palabra de Dios. Desde comienzos del siglo XX se inicia una aproximación no tan apasionada a la comprensión de este fenómeno, y las posiciones de los teólogos católicos y protestantes tienden a acercarse, de manera que también surgen críticas ante la falta de serenidad y de espíritu científico que hubo en las controversias de los siglos anteriores. Así, autores católicos como Clasen y Bardy, independientemente uno del otro, llegan a la conclusión de que no hubo en la Iglesia antigua ninguna institución caracterizada por una actitud de secreto y que, en todo caso, esta actitud debió de originarse por causas diversas. Varios teólogos católicos, como Batiffol y Weiß, y algunos protestantes, como Rothe, se esforzaron por encontrar las causas de tal *disciplina arcani* no en la teología sacramentaria, sino en la praxis pedagógica y en los medios catequéticos empleados para la iniciación en la fe y en los misterios cristianos; otros católicos han manifestado su descontento ante esta interpretación y no han faltado quienes, como Camelot y Dölger, han esbozado la tesis de que no son motivos pastorales, sino doctrinales los subyacentes a la tendencia en la Iglesia antigua de adoptar la actitud de misterio en las celebraciones litúrgicas y en la catequesis de iniciación. Sin embargo, Ch. Jacob hace ver que un cierto desinterés por este tema, así como el temor a revivir la polémica de siglos ante-

riores, ha llevado a adoptar mayoritariamente la solución de compromiso, consistente en ver en la *disciplina arcani* un episodio de la pastoral antigua. Jacob, por el contrario, propone replantear este tema en un clima de ecumenismo, siendo crítico en todo caso con la polémica que enfrentó a católicos y protestantes y que condujo a una desfiguración en la comprensión del objeto estudiado. Jacob se sitúa así en la línea de otros teólogos, como Funk y Villette, que aprecian en la catequesis mistagógica una actitud fundamentalmente teológica y no pedagógica; Jacob hace suya la tesis de Funk de que más pedagógico hubiera sido explicar a los catecúmenos los misterios cristianos antes de recibirlos, mientras que la Iglesia siguió el camino inverso. Jacob enumera también (pág. 116) estudios recientes en torno a la praxis antigua de la iniciación cristiana, en los que se ponen de relieve los elementos antropológicos y psicológicos que subyacían en la catequesis mistagógica. Se trata de distintas vías de aproximación, más correctas según el A., a este problema.

La segunda parte del libro se centra en san Ambrosio de Milán, y en concreto, en la interpretación alegórica de pasajes bíblicos, muy frecuente en las obras del obispo milanés, tanto en las dirigidas a la catequesis de iniciación como en otras obras suyas. Jacob se sitúa en la línea marcada por otros especialistas —Mesot, Illert, Dassman y Savon— que han mostrado el error generalizado entre muchos investigadores, según los cuales la exégesis alegórica de Ambrosio sería fundamentalmente una arbitraria copia, carente de originalidad y de reflexión teológica, de las fuentes filonianas y origenianas en que se inspiró. Lejos de ser un arbitrario compilador, Ambrosio se apoya en presupuestos teológicos que Jacob intenta descubrir para mejor esclarecer el alcance de su exégesis alegórica. Para este fin, distingue el A. entre *Allegorie* y *Allegorese*, distinción imposible de plasmar en castellano (alegoría y «alegorez»): la primera se refiere a palabras o textos que poseen una significación alegórica, y la segunda es el método alegórico empleado para interpretar tales textos; según muestra el A., esta distinción ya era conocida en la propia Antigüedad, si bien la palabra utilizada en ambos casos era la misma (*allegoria*). Con este motivo, el A. desarrolla una interesante digresión acerca de la polémica que en el presente siglo (II. de Lubac y Daniélou) se suscitó en torno a la distinción entre el sentido alegórico y el tipológico de los textos bíblicos; Jacob opina que tal distinción no se encuentra en la mentalidad exegetica de los antiguos y que algunos modernos investigadores, como Daniélou, han intentado atribuirla a los Padres, incurriendo así en un anacronismo interpretativo. En cambio, según Jacob, Ambrosio aprecia en la Biblia, junto al literal, un solo sentido alegórico, en el que se incluye y se asume

lo tipológico propio de los sacramentos. Así, Jacob postula la sugerente tesis de que el método interpretativo —*Allegorese*—, usado por Ambrosio para explicar textos alegóricos —o *Allegorie*— de la Biblia, es a su vez alegórico —«*eine allegorische Allegorese*»—, por cuanto Ambrosio desentraña su significado refiriéndolo a los sacramentos de la iniciación cristiana. De esta forma, se entiende mucho mejor no sólo la exégesis bíblica utilizada por el obispo de Milán, sino también la teología subyacente a sus comentarios exegeticos. La «alegoría alegórica» empleada por Ambrosio es, más bien, según el A., una «alegoría sacramental»: el sentido espiritual de los acontecimientos de la Historia de la salvación se encuentra en sus veladas alusiones al presente sacramental de la Iglesia, que el exegeta desvela en su tarea interpretativa.

De este modo, no sólo se puede superar el prejuicio de que Ambrosio fue un mero compilador, sin apenas base teológica, de exégesis previas a él, sino también otros errores que en distintos ámbitos de la investigación ambrosiana se han cometido. Así, a la luz de su descubrimiento, Jacob examina críticamente las opiniones de los modernos investigadores en torno a los siguientes temas ambrosianos: a) el término *sacramentum*, sobre todo el contexto de *ueteris testamenti sacramenta*, b) la *passio domini* como alegoría de la iniciación cristiana, de donde concluye que no se da en Ambrosio propiamente una piedad o devoción hacia la pasión, como hasta ahora se venía diciendo, sino más bien una «devoción bautismal»; c) los tan estudiados temas de la *sobria ebrietas* y del *processus animae*, que no se reducen a una mera y superficial cristianización de nociones procedentes de la mística filoniana y neoplatónica, sino que hunden sus raíces en la teología de Ambrosio en torno a los sacramentos de la iniciación cristiana. Y es que el bautismo produce entre sus efectos el de infundir la iluminación o el de donar la *gratia spiritalis*, que capacita al bautizado a entender los misterios en que es iniciado. La expresión *lux mysteriorum* de *De Mysteriis* I, 2 es interpretada por Jacob no sólo como «luz de los misterios», sino sobre todo como «luz para los misterios» (es decir, una iluminación que capacita al iniciado a un mejor conocimiento de éstos).

Este método exegetico, denominado «alegoría alegórica» o «alegoría sacramental», que, sobre la base de los sacramentos cristianos, explica el significado de textos bíblicos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, clarifica también la actitud de secreto, la *disciplina arcani*, adoptada en la mistagogia catequética antigua. Así queda claro que esta «disciplina de los misterios» no es una cuestión simplemente pastoral, sino profundamente teológica: los *diuina mysteria*, *arcana sapientiae* y *occulta sapientiae* deberían permanecer ocultos a los catecúmenos, aún no inicia-

dos, y se debían —y podían— explicar a éstos de manera alegórica durante las catequesis mistagógicas que recibían de labios del obispo milanés; en cambio, con la luz de la gracia bautismal se hace posible el pleno conocimiento de los *diuina mysteria* a los ya creyentes.

El juicio que emitimos de esta investigación es altamente positivo. Compartimos, además, el deseo del propio Jacob de que este nuevo acceso a la teología de Ambrosio se ratifique con nuevas investigaciones sobre los comentarios exegéticos de este autor y de otros Padres de la Iglesia. El presente libro, que es también una excelente introducción a la bibliografía contemporánea sobre Ambrosio, constituye sin duda una importante aportación a los estudios de exégesis patrística y clarifica el arduo problema de la *disciplina arcani* del siglo IV desde una perspectiva teológica, objetiva y no apasionada.

Sólo nos permitimos realizar al A. una observación acerca de un comentario suyo, con el que no estamos plenamente de acuerdo: «La intención básica de la alegoría —*Allegorese*— es así *teológica* y no *exegética*: Ambrosio no pretende tanto comprender el texto bíblico cuanto exponer la teología y la fe de su Iglesia a la luz de ese texto. Por eso, pueden los sacramentos de la iniciación cristiana en la alegoría mistagógica convertirse en la clave del entendimiento del sentido espiritual de la Escritura» (pág. 189)...«Qué es colateral en las Sagradas Escrituras y qué es importante, cuál interpretación es exagerada y cuál es correcta, no se encuentra preestablecido, sino que se da a partir de la intención teológica del intérprete» (pág. 191). Nos parece opinable la distinción realizada por Jacob entre «intención teológica» e «intención exegética», no sólo porque la Exégesis Bíblica es una disciplina teológica, sino también porque la «intención teológica» del exegeta no es un mero *apriori* sin fundamento en el texto bíblico; al contrario, el hecho de que Ambrosio remita alegóricamente a los sacramentos cristianos textos alegóricos de la Historia salvífica radica en que los propios libros bíblicos poseen de suyo un carácter cristológico y eclesiológico que permite justificar tal exégesis. Como el propio Jacob afirma, Ambrosio no es un exegeta arbitrario; pues bien, en nuestra opinión, Ambrosio no incurre en la arbitrariedad por dos motivos: porque no se limita a compilar a Filón y a Orígenes y también porque ha entendido el trasfondo teológico del texto bíblico. Es evidente que en toda interpretación de textos se trasluce un elemento personal del lector; Jacob conoce bien la famosa frase de Gadamer, que dice; «(Der Leser) gehört mit zu dem Text, den er versteht» («El lector pertenece al texto que está comprendiendo»), H.-G. GADAMER, *Wahrheit und Methode Grundzüge einer philosophischen Hermeneutik*, Tübingen 1985, 5ª ed., p. 345; pero esta

participación y presencia activa del lector en la labor interpretativa no implica una incompreensión o anulación del significado del texto; más bien se trata de un diálogo que se da entre el exegeta y el texto, o dicho con más precisión entre el lector y el autor, de modo análogo al que se establece entre dos interlocutores para llegar a esclarecer el contenido del mensaje.

Salvo este pormenor, el libro merece nuestros mayores elogios, y esperamos que dé los frutos deseados por el propio autor.

Alberto VICIANO

AA.VV., *La América española en la época de las Luces, Tradición—Innovación—Representaciones*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1988, 423 pp., 17x24.

El presente volumen recoge los estudios presentados en los coloquios hispano—franceses que tuvieron lugar del 18-20 de septiembre de 1986 en la Universidad de Burdeos (Mayson des Pays Ibériques). Esta reunión estaba organizada por el «Groupe Interdisciplinaire de Recherche et de Documentation sur l'Amérique Latine» y apoyada por el «Centre National de la Recherche Scientifique» de Francia. Por parte española el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos y la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla.

La dificultad de la temática abordada se muestra claramente en el índice de trabajos aportados; por una parte la extensión geográfica y de otra el que el fenómeno de la Ilustración tocó todos los campos de la vida humana. Evidentemente sobre aquel extenso territorio se proyectaron las reformas de la Corona española y de sus ministros ilustrados, así como la misma influencia europea, en particular de Francia. Un lento proceso que aúna ideas seculares con las nuevas hasta dar lugar al fenómeno de la emancipación, entrado el siglo XIX.

La suma de trabajos presentados hace imposible un comentario de cada uno, nos detendremos en algunos de esos trabajos para no ser exhaustivos. El volumen se subdivide en cuatro grandes apartados: *Las nuevas orientaciones de la política española*, *Análisis regionales*, *Las respuestas americanas*, y *Las imágenes de la América española en el pensamiento francés ilustrado*.